

Año 1

Nº 8

ANALES

— DEL —

Ateneo de Costa Rica

DIRECTORES:

Elias Leiva

Luis Castro A.

Rómulo Tovar

1912

SAN JOSÉ, COSTA RICA



TIPOGRAFIA NACIONAL

Sumario

Defectos de moral nacional

(Conferencia del Licdo. don Luis Cruz Meza)

Discurso

(Pronunciado por el Presidente don Justo A. Facio)

La reencarnación

(Conferencia leída por el Ingeniero Agrónomo don Enrique Jiménez Núñez).

Nota final



Ateneo de Costa Rica

JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO DE 1912

Presidentes Honorarios

Antonio Zambrana
Justo A. Facio

Presidente efectivo

Justo A. Facio

Vicepresidentes

Enrique Jiménez Núñez
Ernesto Martín

Vocales

J. Fidel Tristán
Tomás Povedano
C. González Rucavado
Anastasio Alfaro
J. J. Vargas Calvo

Secretarios

Fabio Baudrit
Juan Dávila

Sección de ciencias exactas y experimentales*Presidente*

Gustavo Michaud

Vicepresidente

Carlos Pupo

Secretario

Emel Jiménez

Sección de ciencias morales y políticas*Presidente*

José Astúa Aguilar

Vicepresidente

Alberto Brenes Córdoba

Secretario

Elías Leiva

Sección de Literatura*Presidente*

Ricardo Fernández Guardia

Vicepresidente

Alejandro Alvarado Quirós

Secretario

Guillermo Vargas

Sección de Bellas Artes*Presidente*

Enrique Echandi

Vicepresidente

Ismael Cardona

Secretario

Julio Osma

Sección de ciencias exactas y experimentales

Miembros activos

A

Anastasio Alfaro

Manuel Aragón

C

Salomón Castro M.

E

Guillermo Echeverría

G

José Fabio Garnier

Santiago Gutiérrez

J

Emel Jiménez

Enrique Jiménez Núñez

M

Gustavo Michaud

Luis Matamoros

Gerardo Matamoros

P

Arturo Pérez Martín

Teodoro Picado

Carlos Pupo

R

Alberto Rudin

S

Elías Salazar

T

J. Fidel Tristán

Sección de ciencias morales y políticas**Miembros activos**

A

José Astúa Aguilar
M. Argüello de Vars
Marciano Acosta
Luis Anderson

B

Alberto Brenes Córdoba
Fabio Baudrit
Leonidas Briceño

C

Luis Castro Saborío
Luis Cruz Meza
Rafael Otón Castro

D

Juan Dávila

G

Cleto González Víquez
C. González Rucavado

I

Rafael Iglesias

J

Ricardo Jiménez
Carlos M. Jiménez

K

Alfredo Skeener Klee

L

Elías Leiva

M

Ernesto Martín
F. Montero Barrantes
Juan M^a Murillo

O

Carlos Orozco Castro

P

Leonidas Pacheco
Pedro Pérez Zeledón

S

Manuel Sáenz Cordero
Juan Gaspar Stork
Luis A. Silva

V

Guillermo Vargas
Víctor Vargas Q.

Z

Ramón Zelaya
T. Zúñiga Montúfar

Sección de Literatura

Miembros activos

A

A. Alvarado Quirós
J. M. Alfaro Cooper

B

R. Brenes Mesén
Alejandro Bermúdez

C

Jenaro Cardona
Eduardo Calsamiglia
Celia Carrillo de Monje
Ester Castro de Tristán
Augusto N. Coello

CH

Lisímaco Chavarría

D

Luis Dobles Segreda

F

Justo A Facio
R. Fernández Guardia
María F. de Tinoco
L. Fernández Guardia
Luis R. Flores

G

Joaquín García Monje
Juan Garita
Luis F. González

J

Manuel de J. Jiménez

L

Agustín Luján

M

Gregorio Martín
Julieta P. de Mc Grigor
Félix Mata Valle
Modesto Martínez
Domingo Monje Rojas

N

Félix F. Noriega

O

Miguel Obregón L.
Angel Orozco

Q

Napoleón Quesada
Ramón M. Quesada

S

Mario Sancho

T

Luis Torres Acevedo
Rómulo Tovar

U

Manuel Ugarte
Daniel Ureña

V

Manuel Veiga
Faustino Víquez
Rafael Villegas

Z

Antonio Zambrana
Gerardo Zúñiga Montúfar**Sección de Bellas Artes****Miembros activos**

A

Alejandro J. Aguilar

B

Juan Ramón Bonilla

C

Próspero Calderón
 Angelina Castro
 Ismael Cardona
 Roberto Campabadal
 Roberto Cantillano

E

Enrique Echandi
 Elsa de Echandi

G

Emilia de Garnier
 Carlos Gutiérrez

H

Enrique Hine Saborío
 Josefina Hazera de Zúñiga

L

Juan B. Loots

M

Luisa Montero
 María Luisa Morales
 Samuel Montandón

O

Mercedes O. de Tucker
 María O. de Hine
 Julio Osma
 José M^a Osma

R

Petra Rosat

V

J. J. Vargas Calvo

Miembros correspondientes

Joaquín Bernardo Calvo, Washington
 Octavio Beeche, Niza
 M. González Zeledón, Nueva York
 Santiago Argüello, Nicaragua
 Rómulo E. Durán, Honduras
 Alfonso Reyes Guerra, El Salvador
 Máximo Soto Hall, Guatemala
 César Nieto, Barcelona

Miembros honorarios

Manuel María Peralta, París
 E. E. y M. P. de Chile
 en Costa Rica (Carlos Vergara Clark)
 Ministro Residente de México
 en Costa Rica (Luis Ricoy)
 E. de N. de los E. U. de A.
 en Costa Rica (Langhorne)
 E. de N. de la Rep. de Cuba
 en Costa Rica (F. Porto del Castillo)
 E. de N. de la Rep. de El Salvador
 en Costa Rica (Gregorio Martin)
 E. de N. de la Rep. de Nicaragua
 en Costa Rica (Isaac Guerra)



Luis Cruz Meza

Abogado y periodista.—Nació en Heredia el 21 de julio de 1877. En 1896, se graduó de Bachiller en Ciencias y Letras en el Liceo de Costa Rica. En ese mismo año hizo viaje a Guatemala, en donde, en 1901, obtuvo el título de Abogado en la Facultad de Derecho y Notariado de aquella república. De regreso a su país, y, previa incorporación en nuestro Colegio de Abogados, abrió su bufete. Es Director de *El Foro*, que cuenta ya con ocho años de existencia y que es un inteligente esfuerzo en favor de la cultura de Costa Rica. En la actualidad es Profesor de Psicología, Lógica y Ética en el Liceo de Costa Rica. Ha sido Juez de 1ª Instancia en lo Civil y Magistrado interino en la Sala Segunda de Apelaciones en lo Criminal. Es miembro de varias sociedades jurídicas de América Latina y Socio Honorario de la *Alianza Científica Universal de París* y de la *Sociedad de Intelectuales* de Roma. En Guatemala fué Secretario Particular del señor Ministro español García Ontiveros y Encargado de la Cancillería de la Legación. Es miembro efectivo del Ateneo de Costa Rica.



Defectos de moral nacional

Conferencia leída por el Licenciado don Luis Cruz Meza, en el
Ateneo de Costa Rica, la noche del 11 de noviembre de 1912

Acaba de publicar entre nosotros, el ya bastante celebrado escritor Salvador Mendieta, un libro que llama *La Enfermedad de Centro América*, en que, con acopio de observaciones recogidas en los diferentes pueblos de esta bellísima sección de las Américas, a donde su peregrinación de político rebelde lo ha llevado,—estudia los males que nos aquejan,—señala los defectos que padecemos,—ridiculiza las costumbres en que vivimos,—apunta nuestras tristes prácticas de desaliento y cobardía, de pereza y de rutina,—nos marca como inhábiles y enflaquecidos, incapaces, no de hacer nuestra felicidad, sino de ser felices;—nos clasifica entre los cansados de la vida, entre los que tenemos miedo de vivir. Todo esto salpimentado con anécdotas picantes que hacen de la obra de este Juvenal nicaragüense, un libro tan ameno como profundamente desconsolador. Porque el defecto de este libro,—libro que aunque sea triste confesarlo está inspirado en la verdad,—es el de no ser completo. De nada o de muy poco sirve señalar el mal, si no se apunta el remedio. Nuestros sabios se lucen haciendo diagnósticos, sobre todo cuando el diagnóstico abarca varios extremos de la posible o posibles enfermedades; pero sus pareceres resultan infructuosos si no agregan el medio de salvar al pacien-

te, si no indican el medicamento preciso que el mal o daño para desaparecer necesitan. Acaso nuestra raza tendría más que agradecer al simple curandero o empírico que nos ofreciera la yerba maravillosa, restauradora de la salud, que al sabio que se limita a pronosticar la muerte.

Y lo que aquí para Centro América ha escrito Mendieta, lo han escrito para la República Argentina Octavio Bunge y Manuel Ugarte, aquel en su libro *Nuestra América*, éste en el suyo *El Porvenir de América Latina*, y el boliviano Alcides Arguedas en el suyo *El Pueblo Enfermo*, y el mexicano Maximiliano Avilés en el suyo *La Acción Individual*, y el extraordinario yanqui Teodoro Roosevelt en el suyo *Las Dos Américas*.

A estas horas es, pues, imposible no saber que estamos enfermos, y el primer síntoma de nuestra enfermedad es la aprehensión de vivir, la desconfianza de nosotros mismos. Hablamos y escribimos estas líneas, no para América, ni para América Central; ni siquiera para Costa Rica y sus provincias; no queremos, ni pensamos que lo que habrá de decirse sea para nuestros capitolinos, ni siquiera para un barrio determinado de San José. Es más concreta la intención: su autor lo ha escrito para sí mismo, y por especial motivo lo presenta a los ateneístas, que forman este centro de cultura y de arte, a las escogidas personas que forman este inmerecido auditorio mío, y las cuales, muy posiblemente sin comprenderlo, sufren alguna de las enfermedades que aquí se denuncian, denuncia que irá acompañada del remedio o medicamento especial que las alivia, y que producen, o que ojalá lo produzcan, el resurgimiento y reanimación de vidas que se apagan y que no deben apagarse.

Durante algún tiempo ha sido, y por supuesto, continúa siendo la enfermedad motivo para darnos importancia.

No conoce la mujer recurso mejor para llamar la atención que el de manifestarse displicente y contrariada; puede ser hermosa, inteligente, cautivadora; pero según ella, lo será más, si une a su inteligencia la palidez de su rostro, unas ojeras profundas a sus ojos, si une a su hermosura cierta languidez en la mirada, si une a sus dones cautivadores cierto cansancio en el hablar,—alguna que otra angustiosa tos;—y los hombres, si sabios, la consiguiente dispepsia y falta de sueño; si literatos, poetas o escritores, el descuido personal primero, los cabellos largos, el traje de artistas, la

mirada caída y hasta las orejas gachas; si políticos de alta escuela, el ceño que indica mal humor o cólera, los bostezos, la displicencia de los seres superiores; si hombres ricos, el reuma o la gota, alguna que otra lágrima, y prolongados suspiros; si estudiantes, la melancolía, la indiferencia, el desencanto: se hallan en la hermosa mañana de la vida y revelan en sus rostros las tristezas crepusculares de la tarde. Algunos imitan a Werther sin haberlo leído.

Por supuesto, en el fondo no hay tales enfermedades, ni tal cansancio de la vida: es sencillamente una costumbre, la costumbre de una importancia fingida y errónea. La más leve sugestión cura radicalmente la enfermedad; acercaos á la hermosa que finge una tosesilla que no siente, reveladle en alguna forma el convencimiento que tenéis de su hermosura, y entonces veréis como ya no se queja de la tos ni de molestia alguna; la tos era un pretexto para llamar la atención respecto a su belleza; la tos hacía el mismo oficio que el lunar encantador, no puesto por el dedo de Dios, sino pintado sobre la rosada mejilla de la enferma;—al político que finge dolores atroces de cabeza, lengua saburrosa y blanca, y repugnancia por las comidas, habladle de las habilidades con que realizó cierta combinación política, del talento que manifestó en señalada proclama, de su claridad para vislumbrar lo porvenir, de la semejanza entre sus procedimientos y los del Canciller Bismark,—decidle, si queréis, cortesano o médico, lisonjearle o curarle, que bajo aquel cráneo palpita el cerebro de un Gladstone, y entonces veréis como no pasó de ficción el dolor de cabeza. Cómo va a producir dolores una cabeza tan extraordinaria! Además se sabe que Gladstone no sufría esos achaques. Las motas de la lengua no eran blancas, sino rosadas como las ilusiones de los niños, y la repugnancia por las comidas se trueca en descomunal apetito,—posiblemente no bastará el dadivoso erario [al que los políticos dirigen principalmente sus visuales, por amor a la Patria, por supuesto]—para satisfacer aquel nuevo afán de comer y de vivir. Aquellos males eran un pretexto para llamar la atención sobre sus dotes de político: aquellos achaques hacían el mismo oficio que la calva reveladora de la mentalidad poderosa del enfermo.

El rico, que además de su enfermedad natural y congénita, la de la desconfianza, tiene otra, que yo llamo, *la de darse importancia*, os hablará del reuma, de la gota y de su

contrariedad, al no poder, por los malos negocios, realizar un anhelado viaje a determinado lugar de baños: pero habladle de la admiración que existe por un hombre como él, que ha sabido formar por su propio esfuerzo un capital y conservarlo; habladle de la influencia decisiva que por su pericia en los negocios, ejerce en la política del país, entonces el reuma y la gota y las contrariedades desaparecen—y la cara ceñuda y amarga, se torna en rostro de complacencias: salta de su asiento para veros más pequeño; recorre de un extremo a otro el salón; se ríe, goza; no hay tiempo de interrumpirlo, habla, habla. . . . habla de cómo se aprovechó de la ganancia de un descuidado; de los altos cambios habidos por su influencia, de sus labores, de su habilidad, de su entusiasmo por la vida. El reuma y la gota no eran sino un pretexto para llamaros la atención sobre su riqueza y bonancible estado, y acerca de sus habilidades bursátiles.

Esto no tiene nada de extraño, ni de raro; ocurre aquí como en otras partes, entre los grandes como entre los pequeños, entre ricos como entre pobres, entre instruidos como entre ignorantes, y el problema que parece resultar de allí, es el siguiente: “Si otro puede sugestionar a estos enfermos de ese mal de *importancia*, ¿por qué no se sugestionan ellos mismos?—La vida no vale la pena vivirla sino envuelta en el rosado velo de la felicidad. Si con todas nuestras fuerzas buscamos nuestra dicha, y ésta, siguiendo la doctrina de algunos moralistas ingleses, nos será más fácil encontrarla cuando nos esforcemos en procurar la de nuestros semejantes;—¿a qué atormentar a los demás atormentándonos a nosotros mismos?

Indudablemente, vosotros conoceréis al tipo a que quiero referirme: no es alto ni bajo; no muy blanco, ni moreno; no usa lentes y su mirada es sagaz y astuta; gasta bigotes y en ocasiones una pequeña barba a lo Napoleón III; no anda con la suavidad de nuestro cartaginés, ni con el descuido del herediano, ni con el atropellado paso del alajuelense; su andar es garboso y firme, como el de los nacidos en la calle real de San José; viste con delicada corrección y esmero; ha viajado mucho; ha sido más apreciado y admirado en otras partes que en su propio terruño; tiene deleite y pasión por versos y recitaciones, y talento muy especial para hacer epigramas y calambures; no sé si es rico, pero vive con esplendidez y holgura, nació. . . . yo no sé donde nació; hábitos,

métodos de vida, casi sólo tiene los de un niño; no es exagerado en nada; él comprende *que respirar no es vivir*, pero no tiene designios fijos que le coarten su libertad. A mi juicio es un varón interesante, feliz.—¿Quién de vosotros no lo conoce?—Se llama.... se llama.... Omito su nombre para significar su personalidad psíquica, aunque pudiera llamarle don Fadrique, por su semejanza con el personaje descrito en uno de los mejores libros de Eca de Quéiros.

Este individuo, constituye casi planta exótica en nuestra tierra,—ama la vida con delirio, la enzalza, la idealiza, la considera el don más inapreciable de que podemos haber sido dotados; al estrechar su mano, parece transmitirnos, inculcarnos su felicidad, la idea del bienestar verdadero; permanecer en su compañía, oírlo, es cosechar un mundo de entusiasmo y de placer.—Estoy bien, siempre bien; tal es su contestación favorita. Es, en resumidas cuentas, este célebre personaje estrella brillante de nuestro mundo social, comparable en todo y por todo a un día de sol que conforta y vierte vida y alegría y entusiasmo en derredor suyo. Las raras condiciones de este hombre, que mide la vida por el *pensamiento* y la *acción*, muévenme a anotar en estas líneas, las ideas de algunos profesores de psicología, mejor dicho de sociología, que nos enseñan el curso de nuestras operaciones mentales o espirituales [como quiera llamárselas]; que nos indican el paso maravilloso de la simple sensación, al complicado sentimiento; y que nos revelan cómo la sensación y el sentimiento se transforman en la prodigiosa fuerza de voluntad, que es carácter, que es energía, que es vida! Cuando Epícteto decía: “No anheles que las cosas sucedan según tu deseo, sino desea que las cosas sucedan como suceden”, revelaba la más grande de las lecciones de fuerza de voluntad, de valor moral, que puedan concebirse: encerraba en esta lección psíquica la más memorable de las lecciones del arte de vivir, que pueden suponerse. Hemos dicho que la felicidad en la existencia, consiste en saber medir la vida, por el *pensamiento* y por la *acción*: para estas manifestaciones se requiere:

1º Saber atender: atender activamente; sólo así puede cumplirse la más alta de las lecciones morales, que subsistirá por los siglos de los siglos, *el conócete a tí mismo*.

2º Saber reflexionar: nuestros sentimientos, deben ser el producto de juiciosos raciocinios; nuestro odio y nues-

tro cariño, nuestro placer y nuestra pena, nuestra actividad y nuestra inercia, todo, todo lo que del alma brota, no nace al acaso ni instintivamente: hay en todo ello concienzuda reflexión y estudio—y aún cuando no admitiéramos esta innegable verdad—debemos a lo menos, reconocer, que nacidos con tales o cuales sentimientos, éstos como todos son dignos de mejoramiento y de cultura.

3º Atendiendo bien y reflexionando con cuidado, se llega indefectiblemente, a la felicidad que tanto ambicionamos; ahora entre la alegría, sentimiento característico de la felicidad, y la pena—sentimiento característico de la no felicidad, encontramos el argumento de la célebre *teoría de las compensaciones*; nuestras épocas tristes, nuestras épocas amargas, han sido precisas para que nos demos cuenta exacta de nuestra alegría presente, de nuestra felicidad actual.

4º El sentimiento se puede llegar a igualar con el saber, y ciencia y sentimiento son los factores de que se compone nuestra determinación. *Saber determinarse*: he ahí otra gran base de la verdadera felicidad: un *me determino*, me decido, pronunciado, o mejor dicho, nacido del alma, es necesariamente indispensable para la persona que ambiciona ser feliz.

5º Tras el *me determino*, viene la ejecución: se da un objeto, un ideal a la vida, sabiendo qué es lo que se quiere; pero ese ideal se aumenta, se magnifica,—si cabe la frase,—ese ideal se hace mejor, si estamos plenamente seguros de que la determinación tomada la hemos de ejecutar: no abandonemos al azar el cuidado de nuestra felicidad, cultivémosla nosotros mismos; no debemos ser navecillas abandonadas, que se dejan pilotear al capricho de los elementos, sino potentes acorazados que ejecutan esfuerzos propios que los salven en la vía que de antemano se han señalado; y

6º La determinación bien hecha, exige no sólo la ejecución enérgica, decidida y firme, sino que requiere, además, la tenacidad, la perseverancia, la paciencia obstinada; he aquí, precisamente, el triunfo de la felicidad, del máximo de felicidad que puede ambicionarse. No ser feliz puede traducirse por no ser sano. Pues bien el peor mal, es el de la *volubilidad*; las veletas que se mueven a todas partes al menor soplo del viento, no quieren, no pueden ser felices.

Sobre estos seis capítulos que vamos a examinar y respecto de los cuales declaro con firme convicción,—todos

vosotros tenéis, a no dudar, más conocimiento que el humilde mío,—haremos un análisis de la moral, que siguiendo la corriente de nacionalización que aquí tanto nos agrada, llamo *moral nacional*: veremos el aspecto de su base científica, al lado de su adaptación a la experiencia, y buscaremos y conoceremos en sus detalles, los zarzales y breñas que parecen hacerla intransitable para la *conquista social*, que todos los hombres de buena voluntad ambicionamos para nuestra Patria; conquista de *la libertad* que da fuerza, que da poder, que vivifica y engrandece las ideas; conquista de *la tolerancia* que da dignidad, que da grandeza, que sujeta y reglamenta las pasiones; y por último, señores, la conquista de *la comunidad de afectos*, que es la más bella de las obras del Creador. Si entre los animales hasta los más viles insectos tienen y cultivan ese preciado don de la comunidad, ¿cómo ha de ser posible concebir que el hombre se aparte de él y lo desprecie? Pueblo en que la comunidad de afectos, y la tolerancia y la libertad tienen su culto, son pueblos no extraños a la felicidad y a la dicha.

Señalé al principio los libros de algunos sociólogos americanos, con el especial empeño de hacer ver que hay afán en nuestras nacionalidades de América Latina, de análisis de nuestros males y quebrantos, de nuestras enfermedades y miserias, de nuestras inmotivadas penas y fingidos dolores; estos estudios, estos análisis, llevan consigo el grito de esperanza de un resurgimiento moral, de un resurgimiento a la vida de innegable beneficio para todos, y que nos hará no sólo más felices, sino más dignos, completos y mejores.

*
* *

El primero de los puntos que vamos a estudiar, es el de saber atender, atender activamente. El ilustre Profesor Gagini dice: “que la atención, en su forma más general, es derivada del instinto de conservación y de las tendencias de la especie”. El animal atiende a lo que le interesa, y desatiende a lo que no le preocupa: quiere esto decir que la atención se verifica como algo que sale de nosotros hacia el exterior; se habla de ella, dice un catedrático español: “como de una dirección del espíritu a tal o cual objeto”. Ahora,

esta dirección del espíritu indudablemente dimana del sentimiento del momento, o de la disposición de cada uno: así se observa, que cuando oímos un alboroto en nuestra vecindad, no atendemos tanto al alboroto mismo, como a la idea de si él ha sido promovido por uno de nuestros conocidos; nos gustan las conversaciones agradables, pues a ellas dirigimos en especial nuestra atención; aquel a quien gustan más las novelas pasionales, las descripciones de viajes, observa, atiende con más cuidado los libros que de tales objetos traten; y en cuanto a la disposición de cada uno observamos: en un envidioso, por ejemplo que sólo puede atender a aquellos objetos o cosas que despiertan su envidia; un pedagogo fija su atención en todo lo que a la enseñanza se refiere; un enfermo sólo atiende a su enfermedad. Con estas observaciones fácil es comprender, que la atención tiene sus rumbos fijos, invariables.

Comprendidos los móviles que *orientan* la atención, fácil nos será comprender los móviles que concurren en su *duración*: la más larga amplitud de la atención, según Titchener es de 24 segundos, y su longitud media no es más que de 5 ó 6 segundos; pero habrá de reconocerse la exactitud de las leyes de Dexter sobre la atención, que dicen: 1º Dentro de ciertos límites el interés despertado por un estímulo está en razón directa de la intensidad de éste. 2º La atención varía en proporción al placer, o dolor provocado por el estímulo. 3º Un cambio de estímulo varía la atención. El niño atiende a su herida, todo el tiempo que la herida lo mortifica o molesta y mientras no haya otro objeto bien sea de molestia, o goce, que le distraiga; la madre atiende a uno de sus niños cuando lo ve llorar desesperadamente, pero si oye un grito de espanto de alguno de sus otros hijos, desatiende al primero por atender al segundo; un criado fijamente atento en el nombre de una medicina que se le ha enviado a comprar, si en el camino se ve atacado por un perro, olvida el nombre de la medicina por atender al perro; la atención dura, pues, tanto como el estímulo que la provoca, tanto como duran los afectos de que nace.

Vistos estos rasgos que la psicología estudia y que creo, aún temeroso de aparecer como importuno que debí a notar ahora, para las observaciones que adelante apuntaré, réstame recordar que puede resumirse todo el estudio de la atención, en que hay dos clases de ella principales: la *espontá-*

nea, que se desarrolla de momento y sin esfuerzo alguno, y la *voluntaria*, que exige de nuestro espíritu concentración fija y firme.— A esta última, habremos de referirnos nosotros.— Somos por lo general, tanto los hombres como las mujeres (y en esto solicito desde luego el debido perdón de ellas, ofreciendo que en el lugar correspondiente y rindiendo culto a la justicia, de quien soy devoto enamorado, habré de halagarles el oído con la narración de ciertos hechos), somos, decía, hombres y mujeres, sumamente desatentos: quisiéramos realizar el fenómeno irrealizable según la psicología, de atender simultáneamente a dos o más cosas; por eso por lo general aparecemos distraídos.— Un feligrés llégase a un sacerdote para comunicarle cierto asunto grave de familia y pedirle consejo: el feligrés habla, desea hacerse comprender; repite varias veces los conceptos, aún con enojo del sacerdote, pero es, que el exponente advierte que no le está atendiendo aquél; el sacerdote está atendiendo a otras cosas; tal vez alguna casulla que dejó olvidada en la sacristía, o algo que le dijo un penitente que usaba la misma chaqueta que el individuo que le está hablando; y con dos o tres detalles a que atendió del relato que se ha hecho, resuelve una cuestión, que si para él no es grave, ni interesante, sí lo es en extremo para el feligrés que ha recibido su desatención. El médico ante el paciente, no atiende con fijeza los detalles de la enfermedad que a éste aqueja, antes fijase en la clase de vestido del enfermo, no tanto por averiguar si aquel detalle tiene relación de causa o efecto con el caso morbos, sino por medir las posibilidades del pago de sus honorarios por sus diagnósticos, consejos o medicinas; atiende tal vez otros casos, o a posibles herencias de donde al enfermo su mal provenga: el relato de su cliente ofrece a su atención oscilaciones que varían en forma e intensidad, de tal modo que muchas veces no le es posible comprender exactamente el objeto de la consulta.

Y en cuanto al abogado (a mí, por supuesto, no me ha sucedido, o mejor dicho, no he atendido cuando me ha sucedido), mientras el cliente habla, piensa en un asunto semejante por el que en otra ocasión abogó; en la remuneración posible que podrá tener dados los detalles de la personalidad del cliente; en el probable éxito, tomadas en consideración las relaciones o entronques del cliente con los que la justicia administran; no tres, veinte, treinta, hasta cien de-

talles embargan la atención del abogado, mientras que la persona que a él ocurre expone su cuestión.

Lo referente a la desatención del abogado, del médico y del cura puede suponerse en grado mayor o semejante en los otros miembros de nuestras actividades sociales: suponedlo en el hombre de negocios; en el banquero, quien mientras el cliente habla y describe los motivos que lo obligan a conseguir dineros, él escudriña con la imaginación las gavetas de su caja, calcula el interés que puede exigir, piensa en las ganancias, no en las que le ofrecen, sino en las que pudiera por las circunstancias obtener.

Soy de los que no sabrían resolver si la ciencia y la cultura aparejan mayor cantidad de desatención, que la ignorancia y el atraso. De todos modos, es hecho innegable, que entre todos nosotros hay desatención por falta de un aprendizaje especial, que a no incurrir en ello nos encamine. Yo comparo la comunicación frecuente que entre nosotros hacemos, con el *tic tac* que produce un reloj de bolsillo, colocado en un medio silencioso a cierta distancia del oído; si prestamos atención observamos que dicho ruido aparece y desaparece con intervalos de tres o cuatro segundos.

Pero, nos falta estudiar un detalle todavía que concurre a producir nuestra falta de atención. Carecemos de ella, no sólo por falta de aprendizaje, de ejercicio para ello, sino porque somos por naturaleza (cuestión de raza, a no dudarlo) sumamente *dados a hacer prejuicios*. Veamos esto en los niños, en las mujeres, en los hombres: es sabido que a casi todos nuestros niños es preciso contenerlos en su adelanto, pues adquieren desde sus primeros años una serie tan extraordinaria de conocimientos y son tan vivaces y desarrollados (especialmente en maldades) que ellos en muy temprana edad, no sólo hacen juicios, y juicios malos, sino además prejuicios. “Les he comprado, dice el padre, este libro de historia sagrada que tiene” y el niño no deja concluir la frase sino que le interrumpe diciendo: “Pues a la explicación de la doctrina yo no voy”. ¿Cómo es posible que conozca el verdadero objeto de la compra del libro que era otro que el que él se ha supuesto?—Dice una madre: “Enrique, tráigame un cesto del comedor, y pregúntele a la sirvienta en qué lugar puso el dinero del cambio, porque”; el niño no espera más palabras y afirma desde luego que él no puede

en aquel momento hacer mandados. Como éste podrían anotarse una serie bien larga de casos de desatención en los niños por prejuicios.

Vamos a ver un solo caso de *prejuicios en las mujeres*, y digo un solo caso, porque no me parecería justo causar mortificación a las inteligentes y bellas, graciosas y espirituales amigas o enemigas, que se han dignado concurrir a esta sesión y que me dispensan el inmerecido honor de escucharme. He dicho, un sólo caso, porque he de referirme a una sola mujer; a una, con quien en cierta ocasión de mi vida, gocé hablándola de amores y de celos. Era de un carácter suspicaz y desconfiado, que me hizo figurarla siempre como desatenta en demasía. Nuestras conversaciones eran casi siempre por este estilo: "Sabe usted, le decía, que esta tarde viene en el tren un excelente amigo, antiguo compañero de colegio" . . . y de pronto me cortaba la frase para salir con esta: "y por lo mismo no podrá usted cumplir su palabra de ir al concierto esta noche". Precisamente lo contrario intentaba manifestarle. "Ha oído Ud. hablar en su casa de un señor Guardia que. . ." no me dejaba concluir la frase y me interrumpía para soltarme esta otra: "le han engañado; en mi casa nunca se habla mal de nadie". Iba yo a preguntarle algo de Historia Patria de la cual tenía datos que en su casa conocían, y me ví por aquel prejuicio excusado de hacerlo.

Un pequeño examen, una ligera introspección, de cada una de mis amables oyentes; podría seguramente darnos un número crecido de causas de desatención por prejuicios. La psicología los condena; la moral los repudia y si esta última pudiera tolerarlos, como sutiles gracias, en los niños y en las mujeres, no los admite en manera alguna en los hombres. El hombre, sobre todo, el que posee una buena conciencia que tiene convicción absoluta que está en la verdadera vía del bien obrar, no debe, no debiera ser desatento por causa de prejuicios. Una ciencia nos enseña que la atención activa requiere un esfuerzo fijo, pues no se puede atender a dos cosas simultáneamente; la otra, nos dice que para poseionarnos bien de lo verdadero, no adelantemos juicios, atendamos primero, pensemos después y resolvamos enseguida. Introspeccionémonos, señores, también nosotros. Leamos en nuestro *yo interno*: y se verá cómo una persona que se nos acerca no ha concluido la primera de sus frases, cuando le

advertimos que sabemos de qué nos va a hablar. Un joven se acerca a una tienda de comercio y pregunta por el jefe de ella; éste al verlo lo estudia de arriba a abajo, lo examina con extrema curiosidad, estudio y examen que por fuerza no le han de permitir *atender bien* a lo que el joven intenta comunicarle: a las primeras frases le detiene para hablarle de la situación pésima, porque atraviesa el país, y no es raro que le diga, que si es para tal negocio, mejor no le hable de ello. Cuando el joven aclara el objeto de su visita, que es de utilidad para el comerciante, éste le dice: "perdone, yo creía. . . El "yo creía" favorito y corriente de todos los desatentos: si Kant, condenó el verbo creer para todas las ciencias, debió condenarlo con especial motivo para la moral, la ciencia de la vida.

La vida social exige forzosamente que nuestra atención pasiva y espontánea la transformemos en atención activa ó voluntaria, esto es no sólo condición principal del arte de ser felices, sino condición indispensable del progreso humano: mientras más reduzcamos en todos nuestros órdenes de vida las porciones de trabajo, mayor poder tendremos para adquirir nuevos conocimientos y para alcanzar un firme y duradero progreso. Entre las operaciones intelectuales, es la *atención* la más apta al ejercicio y la superioridad que con él alcanzamos es en extremo fácil de observar: quien por un estímulo poderoso, como el deseo de sobresalir, el del cumplimiento de un deber, dirige su atención de manera fija y constante de todo lo que al estímulo se refiere, llega a interesarse de tal modo en el asunto que le preocupa, que desatiende todo lo que ocurre a su alrededor; así es como algunos lograron triunfo en estudios u oficios que al principio no despertaron su atención y que después llegaron a cautivarla por completo. Así es, como la historia nos presenta figuras excelsas, de hombres que en su primera juventud parecían destinados a no sobresalir nunca del montón de los ignorados, y que después llegaron a la cima de la celebridad y del renombre. Así es como, entre otros, un oscuro abogado de Gottinga, que probablemente no prestaba mucha atención a los litigios, se hace soldado, carrera en la cual no pasaba de subteniente; pero al fin concentra su atención a la política nacional, se dedica a encauzarla en la dirección que le marcaban sus firmes convicciones; se consagra al estudio de los problemas de la diplomacia europea; escribe, discute, lu-

cha, sobresale, concluye por amasar, como quien lo hiciera en materia dúctil y con mano de gigante, el gran todo de las nacionalidades germánicas, y pasa a la historia con el nombre de "Canciller de Hierro".

*
* *

El segundo punto del tema propuesto, refiérese a *saber reflexionar*: sobre la forma y grados de la reflexión no juzgo preciso detenernos, porque todos sabemos el desarrollo que ella requiere y eso nos basta para hacerlo bien. El material elaborado en estado de atención activa, nos da por sí solo o asociándolo a otras ideas, una idea total o completa; aquel material y estas ideas son el objeto principal y el objeto particular de nuestra atención, son el sujeto y el atributo o, en otras palabras, son el juicio. Con la asociación de juicios formamos nuestros razonamientos o ratiocinios. Ahora, advertidos del carácter y modo de ser del ratiocinio, examinemos cómo es posible que de él hagamos depender nuestros *sentimientos*: si esto es cierto, ha de admitirse que las personas más instruidas (que son las que generalmente mejor ratiocinian) son capaces de formar a su voluntad tanto los malos como los buenos sentimientos. Sobre esto, se ha hecho buen número de estudios con el nombre de *lógica de los sentimientos*. En todos nosotros existe contradicción entre una afirmación razonada y otra afirmación sentida: entre lo que pensamos y lo que sentimos. El amor nos da de ello un ejemplo elocuentísimo, y también nos lo dan las prácticas de algunas religiones: corrientemente cuando el corazón dice que sí, la cabeza dice que no, de esta frase tan repetida sacamos material para decir y sostener que el hombre sí tiene un razonamiento afectivo, sí somete sus sentimientos a su juicio y a su razón. Por supuesto que debe establecerse gran diferencia entre el sentimiento y la emoción, porque ésta es producida por un choque brusco, violento; hay otra palabra que se confunde a veces con la *emoción*: es la palabra *pasión*: sin embargo, la pasión resulta de una emoción o de un sentimiento que se hace permanente y fijo; la timidez es una pasión salida del miedo (sentimiento): la idolatría, una pasión salida del amor (emoción).

Pero entendido esto, volvamos al punto de nuestra tesis. Nuestro odio y nuestro cariño, nuestro placer y nuestra pena, nuestra actividad y nuestra inercia, y el miedo, la cólera, la ambición, la avaricia, sentimientos, emociones o pasiones; ¿son o no producto del razonamiento? Sostienen la negativa reputados y muy distinguidos psicólogos, y sin embargo yo me declaro más conforme con quienes mantienen la afirmativa; y sin tiempo ni espacio para buscar citas de autores, copio solamente algunas frases del inmortal libro "El Criterio", que apoyan mi parecer: "La ira, se dirá, no discurre tanto. Sí, discurre; porque toma a su servicio el entendimiento y éste le proporciona todo lo que necesita. Y en este servicio no deja de auxiliarle, a su vez, la misma ira; porque las pasiones en un momento de exaltación, fecundizan admirablemente el ingenio con las inspiraciones que les conviene."

Pues bien, tan digna de cultura y de aprendizaje es nuestra atención, como lo es, nuestro sentimiento. El medio ambiente influye por lo general, a la formación del sentimiento: la vida entre personas violentas o coléricas nos hace adquirir el sentimiento de la violencia o de la cólera; y tan contagioso es el miedo como el valor; el sentimiento de la pereza lo mismo que el de la actividad se transmiten de un espíritu a otro, de un modo en extremo sencillo; ahora, en esta propagación de sentimientos, debe observarse que es el sentimiento malo el que casi siempre triunfa; tal ocurre, porque los tomamos sin la reflexión necesaria y que todos los actos del espíritu exigen. Un hombre valeroso, se reúne o tiene relaciones con otro pusilánime y cobarde; ¿por qué motivo el miedo es más contagioso que el valor? Sencillamente por falta de un razonamiento cuidadoso; lo que sería de desear es que al cobarde se le contagiara el sentimiento-valor del valeroso; igual consideración podría hacerse respecto a la pereza y a la actividad, ¿por qué es más contagiosa la pereza que la actividad? Si con estos sentimientos y otros muchos semejantes, ocurre una fácil adquisición que a veces se fortifica, se arraiga de tal modo, que nos es imposible separarnos de ella, considérese como ocurrirá cuando el aprendizaje ha sido largo y continuado. El hijo de una lavandera que no ha oído más que frases duras, groseras; que constantemente se ve amenazado; que presencia escenas de insultos y ruindades; que sólo escucha a su alre-

dedor maldiciones de la vida; que oye renegar de todas las virtudes y de todas las personas que las practican; el hijo así crecido, en medio de ese ambiente mefítico y corruptor ¿ cómo ha de ser posible que tenga o adquiriera sentimientos buenos? Los que adquirirá serán los mismos observados, de los cuales, no podrá en manera alguna separarse. Tal ocurre también al hijo de una mujer de superior condición, que siente y palpa a su alrededor sólo escenas de cariño, de sumisión y de tolerancia, de obediencia y de abnegación; de conformidad y de espesanza;—los sentimientos que en ese medio se arraigan en su alma, tendrán que ser por fuerza buenos y saludables.—Pero se ve, que si tal cosa ocurre en los niños que no piensan, ni reflexionan bien, no sucede lo mismo en el joven que puede pensar, medir, considerar el sentimiento que debe adquirir; y he aquí, señores, por qué tantas veces observamos que el hijo de la lavandera nacido y criado en un ambiente malo, llega a poseer sentimientos nobles, buenos y justos; y el hijo nacido en un ambiente puro, santificado, llega a adquirir sentimientos de depravación y ruindad.— En ambos casos la reflexión o irreflexión ha triunfado del *medio ambiente*, la más alardeada escuela de la cultura de los sentimientos.

Querer negar que en cada sentimiento ocurre una reflexión, es algo en extremo peligroso para la moral general, y muy especialmente para la moral particular. Porque cada deber que tengamos o que querramos inculcar a los demás, debe considerarse como producto, claro, indubitable de un sentimiento: sólo así puede fundamentarse, solidificarse la moral nacional, que la alta razón y la alta conciencia reclaman y reconocen. Moral que debe conducirnos a la felicidad, tiene que ser producto de deberes adquiridos, no a acaso o por sugerencias extrañas, sino como resultado inmediato del estudio de nuestros sentimientos: formar el sentimiento, ejercitar el cambio del malo por el bueno, introspeccionarnos con frecuencia para ver cómo se cambian, cómo se reproducen, cómo se mantienen, he aquí lo que aconseja la sociología de la presente civilización, como medio para llegar a la completa conquista del arte de ser felices.

*
* *

Aquí, en este final del segundo párrafo, principia si es que no termina, el tercer párrafo del estudio que me había propuesto desarrollar. *Atención y reflexión* como medio de llegar a la felicidad, que es o debe ser el punto de mira de todos los que pasamos por la tierra: y aquí, con otras palabras, volvemos a plantear la duda que hace un momento acabamos de exponer: las personas instruidas que son o deben ser las que mejor entienden y reflexionan; ¿serán las más aptas para llegar a ser felices? ¿La felicidad requerirá la instrucción? Por lo general se ve que la sencillez, la candorosidad y la ignorancia son excelente garantía para la vida; en cambio la cultura, el adelanto, puesto que no sesatisfacen nunca, llegarán a contrariar la felicidad, a turbar el reposo y la quietud de la conciencia, que son las que lo producen. Y fácil es observar estas cosas no sólo en las personas, sino en las naciones: la civilización acarrea consigo un cortejo de males y de penas incompatibles con la felicidad; mientras que el atraso, retroceso, ó el simple estacionamiento, no trae consigo los males de esa civilización. ¿Podemos admitir como ciertas estas verdades aparentes?

En manera alguna; los retrógrados dicen que a medida que la civilización nos desenvuelve, creamos necesidades ficticias, para satisfacer las cuales nos imponemos un exceso de esfuerzo, de privaciones, de inquietudes, de penas; y califican de *frases hechas* los beneficios de la civilización, llaman a los sociólogos que esos beneficios pregonan, sistemáticos, sectarios. (*la enfática frase con que atacan los que carecen de amor por la verdad*); y llaman falso al punto de vista absoluto desde donde tales hechos se examinan. A estos desalentados de la vida, de los que podríamos nosotros formar una selecta colección, contesta Juan Bautista Say, diciendo: "La civilización multiplica nuestras necesidades, es verdad, pero al mismo tiempo nos proporciona los medios de satisfacerlas". Tal es la solución del político económico; pero el sociólogo no sólo dice, eso sino, que después de declarar que es preciso atender y reflexionar con cuidado para llegar a la conquista de la felicidad, indica que ésta es mejor, si en ella concurre *la compensación*; y la compensación es precisamente una de las formas en que se manifiesta *la cultura de la felicidad*. Es preciso labrarse la felicidad, y la civilización, el estudio, la ciencia es lo que nos presenta ocasiones para enfrentarnos a ella y conseguirla. Escribe Lubbock: "la

ciencia restituye la vista a los ciegos, los oídos al sordo, prolonga la vida, disminuye los riesgos, enfrena la locura y vence al mal"; y esto, todo esto, es lo que constituye el ser feliz. En vez de la luz, la obscuridad; en vez de la civilización, el retroceso, en vez de la ciencia, la negación de todo principio, así es cierto que se tendrá felicidad, la felicidad propia de los animales o de las piedras: nosotros deseamos la felicidad con la lucha, con el quebranto previo, plenamente convencidos de que el gran placer no puede ser sino el resultado del gran dolor; si la instrucción, la civilización y el progreso, nos dan ocasiones para mayores deseos, para incontables necesidades; vamos resueltos a su encuentro, honrados y bravos, sin retroceder en la lucha moral que nos presentan: tal será el medio de llegar al triunfo de la felicidad, tanto más duradera y fecunda, cuanto mayores y más duras hayan sido las penalidades, que nos hayamos visto precisados a salvar. Me figuro feliz al topo, recluso en su cueva obscura, dichoso con la dicha de la ignorancia de que la luz existe. Pero nadie me negará que es preferible la felicidad del águila, que fiada en sus potentes alas y en la fuerza de su visión prodigiosa, trasmonta las cordilleras y se pierde en el espacio y contempla desde la altura océanos, selvas, ciudades y un amplísimo horizonte. Así es la felicidad del hombre civilizado.

*
* *

El punto cuarto de este estudio, (paréceme algo pomposo el nombre; rectifico: de este modesto esfuerzo), se refiere a una frase que oí de boca de un poeta. —Nacional?... Nó, no era nacional, nació aquí en Costa Rica, aquí en nuestra Patria, pero no era nacional.... Tengo tan grande aversión al término nacional, que hemos aquí manoseado tanto, con tan mala fortuna por los resultados, que a ese poeta amigo no habré de llamarlo nacional; pues bien, a ese poeta, [y perdonad la digresión], oí esta pequeña estrofa refiriéndose a un pesar:

Grande cual lo puede ser
Quien sube a elevado asiento,
Que a veces, *el sentimiento*
Se iguala con el saber.

Y noto, que esto tiene perfecta analogía con lo que hasta aquí hemos venido estudiando: el sentimiento y el saber no pueden andar distanciados: éste ayuda indefectiblemente a la formación de aquél. Vistos con completa atención y reflexión nuestros sentimientos, por su estudio proseguimos nuestro derrotero, proseguimos nuestra vocación. Con ésta, bien definida, bien marcada y con raciocinios sólidamente fundamentados, logramos en definitiva establecer nuestra determinación. Para ésta se necesita entonces, primero el sentimiento y después, estudio, raciocinio sobre la necesidad o el deseo que nos preocupa o que esperamos alcanzar.—A todas las clases de nuestras sociedades, es la falta *de determinarse* el mal que se les señala, y de este mal proviene la inconformidad en que vivimos, la inconformidad de que tanto nos quejamos; y la ciencia da reglas completamente elementales, al alcance de todos, con las que un *me determino* puede ser conocido y apreciado, de sólido fundamento y producto innegable de felicidad y dicha.

La lógica de los sentimientos enseña, que en la formación de nuestras determinaciones, están primero la atención, la reflexión y el juicio, y después el sentimiento. Esto es lógica y la lógica no puede variarse. Sin embargo, pudiera admitirse,—(*y aquí entran ellas como lo había ofrecido*)—que esa regla sea para los hombres, pues las determinaciones de las mujeres nacen al contrario o sea considerando, primero el sentimiento y después las reglas de la lógica, atención, reflexión, raciocinio; lo cual puede justificarse según el principio de que el orden de los factores no altera el producto.

A mis ojos la mujer es más feliz que el hombre, porque sabe mejor *determinarse*; sus resoluciones son más firmes, más verdaderas, de tal manera que con frecuencia las vemos no sólo en el triunfo de la alegría y del placer, sino en el triunfo de la sublimidad por el heroísmo o por el martirio. He aquí un caso de esta última especie: una mujer; ángel más que mujer, *ha determinado* seguir a un hombre, ser su esposa, la madre de sus hijos. Y la fatalidad con caracteres de la más negra desgracia, se cierne como una lluvia incontenible sobre la cabeza de su compañero; el abandono de su patria, la contrariedad, la ruina, la miseria, la muerte de algunos de sus niños, nada arredra a aquella mujer en su *determinación*, y ve las caídas y las alzas y los tro-

piezos, y fútiles o rápidos triunfos, y sigue impasible el camino *que su determinación* le ha trazado, sin manifestar dolor ni pena, antes más bien manifestando alegría y felicidad. De pronto, la fatalidad parece haber cesado en su lluvia de tormentos—por un espacio de tiempo bien corto en su vida de sacrificios;—esposo y mujer se miran mutuamente, ella ha resistido con su superioridad de alma inconcebible a las duras pruebas experimentadas; él ha salido triunfante de los crueles tormentos sufridos: ha llegado para ellos su hora de ser felices. Pero esto fué flor de un día: la fatalidad no los había abandonado. En cierta ocasión la justicia aprehende al marido y lo enrola en un proceso que por fuerza debía ser dispendioso y largo. El marido encarcelado. La pobre mujer comienza el camino de un calvario que parece no tener fin. Sin recursos, abandonada, sola, con tres hijos pequeños, que a medida que van creciendo quisieran explicación fácil de la ausencia, cada día más larga, del papá idolatrado: ésto, aquéllo, todo aumenta el tormento de la pobre esposa; la cual, sólo cuando llegan las noches aquellas, interminables de dolor y de ansiedad, mezcla al gotear de sus lágrimas y al monólogo de sus quejas íntimas, el ruido de la entrecortada respiración de sus pequeños hijos que duermen suspirando. El recorrido de ese calvario dura trescientos ochenta y nueve días. Por fin llega al hogar desfalleciente, el sol: la justicia se abre paso: el reo es puesto en libertad y declarado inocente. Y cuando el esposo tan cruelmente fustigado por la fatalidad, vuelve a su casa, el placer, consecuencia de tan largo dolor, se hace inmenso, inmensísimo para la santa esposa, de tal manera que su cerebro, no pudiendo contenerlo, confunde ideas, confunde hechos, lo confunde todo, todo, hasta llegar a ese estado que llamamos el de la locura: de mujer bien *determinada* pasó a mártir, de mártir pasó a loca. El esposo *bien determinado*, también, no comprende su nueva desgracia, no parece darse cuenta de lo que le pasa; ve todo lo que le rodea, preguntando con ojos desmesuradamente abiertos, qué es lo que sucede, de dónde proviene su mal; ¿quién podría contestarle? El cuadro anterior se trueca en otro más espantoso todavía: la esposa es la aislada, es la reo; es detenida en un hospicio; cárcel u hospicio para el caso es lo mismo; y el marido va al hogar a cuidar de los niños, a pasar

miserias, a sufrir, a llorar, juzga que su martirio inmensísimo será de un día, de dos, de tres, y al tercero estalla: él quiere ver a su esposa, a su mártir, a su ángel compañera. El médico alienista no lo consiente, la enferma requiere quietud, tranquilidad; impresionarla sería un crimen, puesto que el caso no es desesperado y la loca puede recobrar el juicio.—“Es preciso, dice el médico al hombre, una separación, trasladarse a otra ciudad, a otro lugar, un esfuerzo más: usted también va a enfermar, resígnese, confórmese... la separación”.—Y la separación la hace el pobre esposo: de los alrededores del asilo de locos a la casa primero, de una ciudad a otra ciudad después, y enseguida de este mundo al otro desconocido, al que conduce la muerte....

He aquí, señores, un cuadro efectivo de tristeza, que revela a una heroína incomparable, a una mártir revestida de santidad sublime, a una mujer que supo *determinar su afecto* por un hombre, y con lo cual podemos considerar al sentimiento acompañado de todos los detalles de la lógica, de todos los detalles de la atención, la reflexión y el raciocinio: esas son las resoluciones nacidas del alma, únicas que nos conducen a la verdadera felicidad. Para que desapareciera de nosotros ese mal que padecemos, y del cual en verdad sufrimos bastante, el de *no determinarnos bien*, bastaría acercarnos mucho a la mujer para imitarla, aprender de ella el modo de tomar resoluciones. Es verdad [y esto no sé hasta qué punto convenga decirlo] es verdad, que las imitamos mucho, a ellas, en la tardanza con que nos decidimos; tardanza que debería implicar reflexión y estudio, y que por lo mismo debería darnos resoluciones fijas, incommovibles; y aquí, precisamente, es donde está el mal; nuestras mujeres hacen su resolución, su determinación y la conservan y la practican; mientras que el hombre la hace, la toma, pero siempre condicionalmente, a beneficio de inventario, como dicen los juristas. Los arrepentidos, que de esto resultan, son los cansados, los que se quejan de la vida, los pobres de espíritu, los enfermos; enfermedad que como comprenderéis, no teniendo origen sino en la falta de determinación, del *me determino*, razonado y sentido, puede sencilla y fácilmente curarse.



Sabiendo la importancia del *me determino*, los medios de que debemos valernos para lograr su conquista verdadera: nos queda proceder a su ejecución con firme voluntad y energía. De esto trata este párrafo quinto.

El verdadero ideal de la vida consiste en trazarnos una ruta fija, invariable que debamos seguir. Estudiando lo que más nos conviene nos orientamos—y una vez orientados,—nos ponemos en la ejecución de lo que hemos aceptado. Muchas veces no somos decididos a la ejecución, no tenemos cariño por el plan trazado, y vamos como contrariados e indecisos, cometiendo el mal de engañarnos a nosotros mismos; la ejecución requiere fuerza de voluntad y en ella es donde de manera inmediata se manifiesta el carácter. Corrientemente, no teniendo persistencias en nuestras *ejecuciones*, nos decimos, que ello ocurre por nuestro *mal carácter*, y no es, que haya mal carácter, sino que no hay carácter, que se carece de él en absoluto. El espíritu puede hacerse *el carácter*, para ello bastará que atienda al origen de su resolución, que medite nuevamente en ella, que recuerde lo que le costó adoptarla y verá como es necesario hacer lo que tiene que hacer: la inconsistencia en el ejecutar, se combate eficazmente por la persistencia en las ideas.

Algunos de nuestros eminentes llegaron al pináculo de la consideración por juzgárseles personas de *carácter*. Nada tan erróneo, y por lo mismo tan contrario a la verdad. El *carácter* lo manifestaron por dos o tres rasgos de energía exterior, tomaron la apariencia *por la "facultad"* digo *por el "deber"* ¡Cuán difícil es encontrar personas que verdaderamente posean un carácter completo! El hombre de carácter completo, se manifiesta primeramente en su modo de ejecutar: no lo arredran ni las pequeñas ni las grandes contrariedades; no le detienen las preocupaciones, sigue impertérrito su viaje, sin distraerse en nada, con el firme convencimiento de que al finalizar la ejecución ha de encontrar la sabrosa recompensa que trae consigo todo esfuerzo y todo trabajo. La falta de carácter, reveladora de la debilidad de nuestro espíritu, es la fuente donde se forman o emanan, las grandes desdichas. Esa resignación con que algunos pretenden alabarnos, no es en el fondo otra cosa sino nuestra *falta de carácter* y por lo mismo debemos atender que la alabanza se trueca en insulto y precisa que así lo comprendamos, para ver cómo se logra no nos la repitan, ni

nos la pregonen. Moral, exquisitamente moral, nos resulta el nombre de *resignación*; que no es otra cosa, cuando de proceder o ejecutar se trata, que indolencia o apatía; lo más pernicioso a la felicidad es la indolencia; el carácter requiere decisión, energía, tenacidad, puede requerir también paciencia y sumisión, pero nunca, nunca requiere indolencia. La resignación, esa que significa estar conforme con lo que candorosamente se cree la voluntad de Dios, o conforme con que las cosas vengan como vinieren, que nos hace abandonarnos al azar agobiados por una especie de fatalismo musulmán—esa es inercia, descuido, pasividad, y por lo mismo es algo que riñe con el verdadero carácter; el carácter; coraza de acero en los combates de la vida; manantial inagotable de dicha y de consuelo, de satisfacción y de gozo. El querer es poder: tal es el apotegma que condensa la cuestión del carácter.—Esa es su forma.—Los hombres que lo poseen, son los maestros de energía; aquellos que concentran después de gran esfuerzo, de reflexión, un decidido empeño de ejecutar, de trabajar, esos son los que logran en definitiva el triunfo en todos sentidos. He aquí el secreto del mérito que todos reconocemos a la mayoría de extranjeros que vienen a vivir entre nosotros; que ejecutores del plan que al decidir su viaje hasta nuestra tierra se formaron, siguen llenos de confianza y de valor y de energía el camino que de antemano se han señalado. Y en ello no hay mayor virtud, es un sencillo desarrollo de lo que debe ser la vida. Veamos esa ejecución serena, *productora de tranquilidad innegable*, de dicha sin fin, en un empeño, pequeñísimo detalle, y comparemos el grado de placer con que lo ejecuta una persona ecuaníme y serena, convencida de que lo que es, es lo que debe ser, y las dificultades y sufrimientos que experimentan las personas que de aquellas condiciones carecen. Se ha *determinado* un viaje de tren, de unas cinco a seis horas; en ello, en ejecutar eso, no hay nada que pudiera hacernos sobresalir; no hay nada que pudiera merecer encomio, nada que pueda revelar un acto de valor o de heroísmo. Pero veamos el punto principal: el que tiene poca costumbre de *ejecutar* sus decisiones, no ha dejado pasar la primera hora sin manifestar molestia; en la segunda, manifiesta desagrado y cansancio; en la tercera, desesperación y después el viaje se le convierte en verdadero martirio; si es un hombre se quita el cuello y se lo pone, se arranca la corbata, se ras-

ca la cabeza; se suelta el saco, se lo vuelve a abotonar; se lo quita, se lo vuelve a poner, arruga el sombrero, saca el reloj sin fijarse en las horas; ojea por segundos los periódicos, se levanta, se sienta, pide agua; en todas las estaciones indaga si hay tiempo de tomar alguna cosa, de descanzar; si desgraciadamente tiene el horroroso y terrible defecto del fumado, [conste que digo defecto, no vicio, porque el fumar entra para mí en la categoría de los defectos, como el de recortarse las uñas con los dientes] si tiene tal defecto, enciende y apaga cigarrillos sin cesar, escupe de un lado, escupe del otro; bosteza, suspira, se cansa, se cansa, este es el verdadero concepto de lo que le ocurre a este infeliz y desdichado ejecutor de un viaje de cinco horas. En la mujer que no tiene la costumbre de la *ejecución* tan arraigada como la de *determinarse*, ocurre algo semejante en los viajes de tren, —no ha recorrido la primera milla cuando se le cae el alfiler que sujeta el sombrero, se le suelta el peinado; y el pañuelo y la mota, pasan de una a otra de sus manos sudorosas: todas son protestas y mortificaciones; el viento, la falta de aire, el olor del humo, el olor del carro; que el tren se detenga, que el tren siga su marcha, que suban pasajeros o que no suba ninguno, quisiera cambiar de asiento a cada instante; ve que muchas personas van con más comodidad que ella y no comprende cómo puede ocurrir semejante cosa; en su incomprendible inquietud, se le arruga tanto el vestido como el rostro, que indica mal humor y fastidio. En cambio, señores, de qué distinta manera viajan las personas que saben ejecutar sus resoluciones: hay un viaje que hacer de cinco a seis horas, de cinco o seis meses, de cinco o seis años, no importa, se ha tomado la resolución de hacerlo y a la *ejecución* se procede y en ello no tenemos por qué mostrarnos apesadumbrados o contrariados; —no tenemos por qué hablar de infelicidades ni desgracias, porque con ello no hacemos otra cosa sino acarrearlos nuestra propia desdicha.—Y como esto de la *ejecución* no es sino una parte de lo que debemos hacer, fácilmente se comprende por qué rectificué antes la palabra *facultad* para cambiarla por *deber* que significa: "imperiosa obligación de la conciencia".

Lo que debemos hacer, no puede en manera alguna llegar a convertirse en virtud; ejecutamos nuestros actos o determinaciones, lo mismo que atendemos y reflexionamos, pero no nos convertimos en virtuosos, porque atendemos, ni